



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. *Escrituras de la Memoria.*

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

JUSTICIA Y NARRACIÓN

María Pia López

Resumen:

Los relatos necesariamente hacen violencia sobre el pasado, mediante la abstracción, la selección, el anacronismo. Puede verse eso en las distintas narraciones sobre el pasado reciente en Argentina, en especial sobre las insurgencias armadas. Es necesario plantear una interpretación de esos relatos en disputa y de sus zonas de silencio. En particular el desplazamiento entre la reconstrucción minuciosa y detallada de algunos acontecimientos, exenta de comprensión crítica; y la crítica que los enjuicia de un modo general y prescindente de las condiciones históricas. Para poner ejemplos, el desplazamiento entre *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina* de Pils-Esterenberg y la carta de Oscar del Barco. Algo impensado permanece entre esas visiones antagónicas, y por ello decimos que sobre esa historia una violencia no cesa de ejercerse.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

JUSTICIA Y NARRACIÓN

I

“aun el leer profano, para no quedarse sin comprensión, nos transmite esta instrucción mágica: se requiere un ritmo necesario o, más bien, un instante crítico, que el lector debe tener a toda costa presente para no quedarse con las manos vacías.”

Walter Benjamin, *La enseñanza de lo semejante*

Las narraciones sobre las luchas insurgentes de los años sesenta y setenta son el problema. ¿Por qué nos resultan tan insuficientes, casi correlativamente al modo en que los mercados (académicos, editoriales, políticos, culturales) las reclaman con avidez? Obras de teatro, novelas, películas, ensayos, historias, llegan una tras otra para narrar un pasado que se dispone como objeto dilecto de reconstrucción para nuestra época. Muchas de esas obras son escritas por la generación que cuenta entre sus filas a los hijos de los militantes de los setenta. En ese sentido, juegan con la distancia y la cercanía, con la pasión filial y la desconfianza política. Una de las razones de la relevancia de ese movimiento –de ese vaivén, o de ese abismo frente al cual no pueden dejar de oscilar, porque saben que si se mueven a tierra firme va a ser para la identificación con una misión legada y una cerrazón profunda del resto de sus posibilidades vitales y si se agarran de cualquier superficie rocosa para evitar la oscilación pueden terminar en la negación cínica o en la inversión abrupta de los compromisos que los postulaban con herederos-, una de las razones de su valor, decía, es la de dejar sentado, una y otra vez, la dificultad de una narración a ser realizada por otros que no han vivido la experiencia. De hecho, lo que las obras finalmente reconstruyen –y pienso en los filmes *Los rubios y M*, en la novela *Los topos*, o en la dramaturgia de *Mi vida después*- es menos la insurgencia setentista que la propia experiencia de habitar un duelo y vivir tensamente frente a un legado.

Esas narraciones, ¿son formas de justicia frente al pasado? ¿Lo son frente a los compromisos y frente a los crímenes? Quizás sí en un sentido muy singular, en tanto permiten hacer sensible la continuidad entre lo pretérito y lo actual, no como un conjunto de sucesos puestos en la situación de aplicación de las leyes –como ocurre y es



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

necesario que ocurra, para que podamos hablar de justicia frente al pasado- sino como acontecimientos que no cesan de producir efectos en las vidas que les fueron postreras. Es la continuidad del tiempo o la presencia de un lazo –amoroso, conflictivo, político- entre generaciones, lo que, en esas obras, puede comprenderse con la noción de justicia. Es necesario recordar la sugerente idea de Benjamin acerca de una espera que cada generación recibe y que se presenta como débil fuerza mesiánica: *“El pasado lleva consigo un secreto índice, por el cual es remitido a la redención. ¿Acaso no nos roza un hálito del aire que envolvió a los precedentes? ¿Acaso no hay en las voces a las que prestamos oídos un eco de otras, enmudecidas ahora? ¿Acaso las mujeres que cortejamos no tienen hermanas que jamás pudieron conocer? Si es así, entonces existe un secreto acuerdo entre las generaciones pasadas y la nuestra. Entonces hemos sido esperados en la tierra. Entonces nos ha sido dada, tal como a cada generación que nos precedió, una débil fuerza mesiánica, sobre la cual el pasado reclama derecho. No es fácil atender a esta reclamación. El materialista histórico lo sabe.”* (*La dialéctica en suspenso*)

Un hálito de aire. Apenas roza. Sin embargo, ese roce es huracán. Pura conmoción. No hay suavidad en los derechos que el pasado reclama para sí, aunque Benjamin llame débil a la fuerza. Precisamente, porque es mesiánica es que su exigencia no puede ser menoscabada. Nuestra actualidad está aficionada a tratar con el pasado: dispone frente a él las más dispares argucias. Incluso, la de volverlo sucesión de fragmentos, materializarlo en objetos, rozarlo humorísticamente, provisión de legitimación política. Hay algo, como en todo pasado, que resiste a sus usos –a la vez que los posibilita-; *algo* como un sordo reclamo de justicia. (¿Quién reclama? ¿de qué fosas surge ese rumor? ¿pide palabras?)

Quiero detenerme en algunos escritos que no surgen del dilema del lazo entre generaciones, sino de la posibilidad de pensar al interior de la experiencia transcurrida y de comunicar lo vivido y la reflexión suscitada. Se comprende que se trata de situaciones bien diferentes de escritura o de creación estética, aquella que está producida por el intento de una generación que no ha vivido el corazón político de una época de comprenderlo, porque en él se jugaron las condiciones vitales más profundas – la sobrevivencia, la orfandad-, y la que proviene de la búsqueda de expresar ante otros el modo en que efectivamente se ha vivido y arriesgado en el torbellino de las insurgencias anteriores.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Siempre es necesario saltar una distancia, abolir una heterogeneidad fundamental para constituir un espacio de comprensión. Obras que son testimonios de un momento anterior –anterior al fin de la revolución, anterior a la dictadura más cruenta y más irreversible-, y frente a las cuales somos asistentes tardíos. Con ellas, también el pasado nos reclama, pero porque no deja de reclamar, insistente, algún tipo de narración que le sea justa. Nuestra situación de lectores es un arrojo al vacío o a la incompreensión. ¿Qué forma de vida es la que habla en esos textos?, ¿hasta qué punto es inteligible en una época en la cual esa forma de vida es inexistente? Y no se trata de un cambio en la tecnología o en los modos de uso sino de una modificación de la subjetividad y de las posibilidades y elecciones que abren para la vida pública. Esa lectura, como supo afirmar Benjamin, pende de un instante crítico, en el que la intuición permite saltar el abismo entre lo narrado y su recepción.

II

“Los documentos aprisionados en el archivo no son una mera condensación de lo que luego se despliega forjando una totalidad provisoria automática, sino un manojo de libertades potenciales en medio de unas alternativas que se presentan con igual oportunidad de realizarse. El archivo precisa tanto de una custodia como de una disgregación en las preguntas del presente. Lo singular de cada hoja de archivo cuando era parte de los días vivos de su tiempo adjunto, es lo futuro que no será conocido.”

Horacio González, *Historia de la Biblioteca Nacional*

Ciro Bustos escribe, luego de un largo silencio de décadas, sus memorias políticas: *El Che quiere verte*. La frase es un dictamen. Tania, cuando la enuncia, es la profetisa de un destino. Extrema politización que arrasa las vidas, pero el arrojo vital no se toma como decisión política. Por el contrario, resulta definido contra las decisiones políticas, contra el modo en que un cierto colectivo estaba pensando sus compromisos. Para comprender esa paradoja, hay que situarse en el comienzo de la historia: cuando Bustos viaja a Cuba, en los albores de la revolución, y se convierte en entusiasta recluta del guevarismo. Entrenamiento militar y de inteligencia, e inicio de un periplo que tendrá como estación fundamental la selva salteña.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Estamos ante el relato de la fundación del EGP, bajo la conducción de Masetti. Se sabe de lo sucedido con ese foco que el Che quiso instalar en Argentina: diezmado sin ningún enfrentamiento militar, destrozado por su propia impotencia para situarse en un territorio, transido por una violencia que no deja de asediar como pesadilla a sus sobrevivientes. El fusilamiento de dos de sus jóvenes miembros es el testimonio de un fracaso que no dejó dimensión vital sin afectar.

El EGP ejecutó fusilar a dos de sus integrantes. Casi todos los demás cayeron presos y fueron torturados, o murieron de hambre en una selva que desconocían. Sobre esto se ha escrito mucho y no puede recordarse sin un nudo en la garganta. El recuerdo de esta historia, realizado por Héctor Jouvé en una entrevista que le hizo la revista *La intemperie*, provocó una carta fundamental de Oscar del Barco, que hizo temblar el tipo de discusiones sostenidas alrededor de la cuestión de la violencia armada.

Ése es otro de los escritos que no se pueden dejar de recordar ante la pregunta acerca de la relación entre justicia y lenguaje. Porque del Barco grita –como él ha querido considerar el tipo de escritura que realizó- para señalar que en ese pasado él ha sido profundamente injusto y que esa injusticia persiste, como condena, en un presente en el que el arrepentimiento no ha sido suficientemente expresado y sopesado. Ha sido injusto porque reclutó a esos jovencitos que morirían ante el pelotón de fusilamiento de sus propios compañeros; porque participó del sostén civil del guevarismo; porque impulsó la lucha armada; porque creyó en que la violencia podía, en ciertos casos, ser justa. Puede percibirse que se trata de distintas situaciones a las que considera, sin embargo, bajo la misma idea de culpabilidad. La que acarrea omitir la reflexión sobre lo que significa privar de la vida a un hombre y consecuentemente con ese pensamiento evitar hacerlo. La carta de del Barco va a sostener que no hay abismo entre los jóvenes asesinados por sus compañeros y un tirano ejecutado por un conjunto de resistentes: la violencia, una vez que se pretende dotada de motivos justos, no deja de ejercerse en sus modos más abrumadores. Nunca hay motivo suficiente para matar a un hombre.

Las políticas insurgentes del siglo XX son reclamadas en el tribunal de la ética. La idea de que determinados hechos cruentos eran los costos necesarios para constituir al nuevo hombre es comprendida como un tipo de legitimación de la violencia que desconoce su carácter radicalmente injusto y que somete la vida a un tipo de cálculo que la despoja de su sacralidad y la vuelve, por tanto, objeto en un balance que puede terminar con su aniquilación. Si el nuevo hombre surgía de una catarsis en la que la violencia tenía un



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

carácter fundamental, del Barco considera, en esa carta extraordinaria –y no es éste un juicio valorativo sino descriptivo: esa carta rasga nuestros modos habituales de considerar la cuestión de la violencia política y el estado de los debates- que esa subjetividad naciente se delineaba sobre la condición asesina. El revolucionario, figura clave de las políticas del siglo, al menos como horizonte y mito, encarnadura de una serie de valores, era considerado un asesino capaz de revestir sus condenables actos con un tipo de argumentación ideológica.

¿Qué siente el lector –yo, en este caso- ante la argumentación de del Barco? En principio, incomodidad ante una generalidad que impide la distinción. Que impide considerar, para decirlo bruscamente, la diferencia entre unos y otros asesinatos. La carta se inscribe, a la vez, en dos niveles. El de la ética y el del testimonio. En el nivel de la ética propone una comprensión de la violencia política que exige, precisamente, la omisión de la política en tanto arbitrio de reflexiones históricas y juicio sobre las parcialidades. Es el plano de una universalidad que funciona como supresión de lo particular. En la dimensión del testimonio es que la carta se reclama grito y exhibe el desgarramiento de una dolida memoria personal. Lo que se ausenta es lo colectivo y sus condiciones de organización. Están consideradas la humanidad y el individuo pero no las tramas en las que la primera se realiza y el segundo se conjuga con otros. En ese sentido, es que puede considerarse una enunciación abstracta. Como sucede con aquellas que requieren de términos como siempre, nunca, todos.

León Rozitchner, analizando la Carta de del Barco, produjo una extraordinaria pieza de filosofía materialista, llamando a una idea de las efectivas responsabilidades personales, de las condiciones históricas y del campo de los posibles en cada situación. Contra la idea del filósofo cordobés respecto de una común y compartida responsabilidad frente a los asesinatos de los militantes del EGP, el autor de *La cosa y la cruz* recuerda que no sólo hay diferencia entre quien ordena una ejecución y quien acompaña la creación de un grupo insurgente, sino que también la hay entre quienes mandan el asesinato y los combatientes del mismo grupo que se oponen a su realización. Rozitchner encuentra en el relato de Jouvé un tipo de carnadura que permite concebir esas diferencias que quedan borradas ante el gesto desgarrado del filósofo cuando anuncia “todos somos asesinos”.

La política está en juego. No como consensos que prescriben lo que no debe decirse en cada momento –baza que también se jugó en las discusiones que provocó la Carta que



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

publicó *La intemperie* - sino como sopesamiento de lo que estuvo abierto como haz de posibles y que se liga a lo que puede o merece reabrirse. Pensado así, el reclamo contra la abstracción o la abolición de la política en la doble pinza de la ética y el testimonio, se sustenta en la apuesta a una politización que no puede clausurar el pasado. Y que si se liga a él, lo hace críticamente, no para desconocer sus promesas sino para comprender por qué no se realizaron.

Por eso, la lectura es siempre una incógnita. Aun la de las narraciones que se pretendan más apegadas a los hechos o más tensadas en la minucia de una recomposición de la época. Esas memorias, esos testimonios, como los documentos que menciona González en la frase que funge de epígrafe, nos llegan como esquirlas solitarias de otro planeta y sin embargo, en su hábitat original estaban rodeados de una constelación de formas y materias que lo hacían una posibilidad más entre otras, pero no esa única que finalmente resultó. Nosotros, lectores del pasado, sabemos lo que ocurrió cuando recién en el relato se están jugando los preparativos. Por eso, leemos con pavor: el campo de los posibles ya está cerrado, mientras los protagonistas de esas narraciones lo van viviendo como abierto. Quizás por eso, los tantos ecos de la Carta de del Barco: porque está escrita desde el corazón mismo de nuestra época, esa que se despliega sin ninguna revolución en el horizonte y que sabe de la desembocadura que tuvieron los muchos riachos del pasado.

III

“El carácter justiciero de la narración consiste en que ella da cuenta del acaecer de lo singular, da cuenta de lo singular en su acaecer. Es, quizá, la justicia de lo nimio; acaso por eso Benjamin da tanta importancia al cuidado del detalle, de la nimiedad que caracterizaría a la narración en sentido tradicional, y que la asocia al espacio de la crónica.”

Pablo Oyarzún R., *Introducción a El narrador*

Hace varios años Plis-Sterenberg escribió sobre *Monte Chingolo*, uno de los fracasos más severos de la guerrilla argentina. El subtítulo era opuesto al modo en que acabo de considerar los hechos: *“La mayor batalla de la guerrilla argentina”*. El autor había sido militante de la organización que intentó tomar el cuartel militar de Lanús. Esas



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

edificaciones, que habían pertenecido al Iapi, en los peronistas mediados de siglo, albergaban en los setenta al Batallón de arsenales “Domingo Viejobueno”. El ERP decide dar un golpe simbólica y materialmente relevante ocupando el cuartel. Para ello moviliza regimientos de militantes y planifica durante meses la operación. Durante los preparativos arrecian los indicios de que la organización está infiltrada y que es muy posible que los militares estuvieran advertidos del plan en curso.

Después de la derrota se fusilaría al traidor —el Oso Rainer—, pero lo que impresiona del caso es la capacidad de la conducción política de renunciar a la consideración de las evidencias para que ellas no alteren una apuesta que consideraban fundamental. La traición, rubricada con sangre, es un hecho terrible y tan ominoso que ninguna explicación lograría fundamentar —a pesar de la considerable literatura borgiana al respecto—, pero siempre me inquieta más el otro plano: el de la ceguera voluntaria, el de la omisión de los obstáculos y los riesgos presentes en cada acción. Luis Mattini considera que “el problema con lo del Oso es que se llevó detrás de él todas las causas de nuestro fracaso”.

La revisión de la dimensión política de la derrota apenas se remite en el libro como un exceso a veces de dogmatismo, a veces de obediencia. Plis-Sterenberg no intenta producir esa comprensión política, aunque lo suyo es, sin dudas, una inmersión en lo concreto de la militancia de los setenta. El libro es una reconstrucción minuciosa, detallada, exhaustiva. Se compone con todo aquello que pudo retomar como restos para paliar las ausencias. Tiene algo de museo y de catálogo. La idea, al menos, que algo puede ser precisamente sometido a una reproducción. Es seguro que ahí hay un intento de hacer justicia al pasado, inverso al que constituye el grito de del Barco. Mientras éste reclama el tribunal de la humanidad, aquél despliega el elogio de las militancias. Mientras el filósofo intenta situar los acontecimientos de la era de la revolución ante las preguntas por la sacralidad de la vida; el músico intenta reproducir en el libro la minucia que distingue a unos individuos de otros: una camisa, un color de ojos, la estatura, las cartas a los hijos, pero inmersos en la fijeza del momento último de sus vidas.

Creo que ni una ni otra escritura hacen justicia al pasado. De la primera ya dijimos: logra que lo pretérito se escurra sin comprensión alguna porque se lo sitúa como objeto de una máxima abstracta y general, desde una perspectiva construida en el corazón mismo del presente. De la de Plis-Sterenberg debemos decir que lo sucedido queda allí congelado e incomprensible, fragmentado en la sucesión de los datos, tan deudores de la



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

época de la que provienen que no resisten interrogación alguna desde la nuestra. Ese pasado es de héroes y traidores. Sin matices, sin carnadura pese a que ella esté buscada precisamente en la sucesión de los datos. ¿Será problema nuestro no comprenderlo? ¿No será, más bien, dilema del escritor que testimonia sin procurar una comprensión actual de los hechos en los que se jugaron esas vidas?

Leemos: “Había risas y mucha alegría en el camión. Néstor, que estaba en la caja con nosotros, nos decía: ‘¡Cállense, cállense!’, porque íbamos por la calle. Yo no conocía a todos los compañeros porque éramos de varios frentes distintos. De los que conocía, en la caja íbamos Néstor, Pablo, Yiyi y el Tata, que era un tipo de cómo 50 años, canoso. Íbamos cantando canciones revolucionarias y cánticos que se habían hecho en aquella época”.

Los militantes iban cantando, riendo y festejando hacia el cuartel de Viejobueno. Allí, esperados por los militares advertidos, serían emboscados, torturados y muertos más de cien. El lector ya conoce esos sucesos, que no estaban, más que como una posibilidad, en la conciencia de los combatientes. Quizás por eso causan tanto escozor esos recuerdos de una alegría ruidosa entre aquellos que están marchando al sacrificio. Nosotros sí estamos obligados a pensar en todo lo que necesariamente era obviado o negado para que fuera tan festivo el camino. Leemos una historia cerrada mientras los actores la vivieron en su contingencia, pero a la vez ciertos modos de narrarla impiden considerar su apertura anterior. Y entonces llegan esas frases, con su contundencia de adoquín, a desvelarnos.

Para decirlo rápido: algo resulta incomprensible y es esa alegría previa al momento de combatir, anterior al hecho de matar o de morir. Es la historia pavimentada de hechos superfluos y de enlaces entre lo trágico y lo banal. Durante el 2009, en pleno furor de narraciones de este estilo sobre los años setenta y de expansión de la seducción por una repetición estética de esa época, Capusotto y Saborido inventaron el personaje de Bombita Rodríguez. Encontraron el modo de parodiar una extrema politización que por arrasar todas las esferas de la vida se convertía en hecho estético y mercantil. Así la insurgencia era más un estilo y un conjunto de atributos publicitarios-culturales que un proyecto definido: por eso, en la parodia, los sonidos que corresponden a las siglas que organizaron los distintos agrupamientos armados se confunden y se vuelven simultáneos. En ese programa imaginaron un film llamado *El pic-nic de los montoneros*. No pude dejar de recordarlo cuando leía ese relato que está en el libro de



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Sterenberg, y que recuerda un viaje de egresados, un fogón, un campamento. Pero tras todo eso está, apenas al recodo del camino, la muerte.

IV

“En la cita que a la vez salva y castiga, el lenguaje se muestra como la matriz de la justicia. Llama a la palabra por su nombre, la arranca destructivamente del contexto, pero precisamente con ello la llama de vuelta a su origen.”

WB, *Karl Kraus*

La época, narrada así, resulta incomprensible para un lector que no fue constituido por ella. Quizás porque la minucia en el detalle no es lo mismo que la palpación de la singularidad y que sólo el intento de dar cuenta de lo singular, con la atención necesaria a los dilemas políticos que conlleva –y que no pueden reducirse a la contraposición entre héroes y traidores- permita hacer justicia con lo que la época tuvo de politicidad. Y una sospecha adelanto: no necesariamente la extrema politización de los setenta podría pensarse como evidencia de su potencia política. Quiero decir: esa politización que arrasaba colocando todas las esferas de la vida y las producciones sociales y culturales bajo un único sistema de medidas, era la superficie de lo que constituía esa potencia: la búsqueda de la emancipación o el cambio social o la revolución. Lo que resulta parodiado es aquella superficie antes que el corazón que la animaba.

Ciro Bustos, cuando rompe el largo silencio que se había autoimpuesto luego de ser señalado como aquel que reveló a los militares bolivianos y estadounidenses la ubicación de Guevara, presenta un modo bien distinto de afrontar los años de la revolución desde la narrativa. Cuenta su historia de vida: el temprano compromiso con la revolución cubana, su enrolamiento en el guevarismo y su decisión de llevar el foco allí donde fuera necesario. No hay menos ingenuidad ni menos torpeza en los hechos que relata que los que cuenta Plis-Sterenberg, que van desde el desconocimiento respecto de las características de la vegetación en la selva salteña –y las posibilidades de obtener alimentos en el propio entorno natural- hasta el descubrimiento de que nunca había visto un mapa de la zona de Bolivia de la que necesita huir ante el acoso militar.

Sin embargo, en la escritura misma se expone la larga reflexión que Bustos desarrolla en décadas. Todo es necesario de ser explicado –incluso los errores, incluso esos



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

fusilamientos de triste memoria en el EGP- sin que la explicación recurra a categorías que resultarían anacrónicas respecto de la época en la que esos hechos ocurren. Eso hace del libro un caso aparte: su autor expone los dilemas y, a la vez, las alternativas a los senderos efectivamente tomados. La historia, así, se nos presenta en su condición de campo de posibles cuya resolución es el campo mismo de la política.

Por ello es tan profundo el título: *El Che quiere verte*. Esa frase cae como una granada en un proceso de debate en el que los núcleos del guevarismo argentino, luego del dramático fracaso del foco salteño, van revisando la decisión inicial, discutiendo sus dificultades y planteando la prioridad de la constitución de un entramado civil que sostenga y articule los esfuerzos armados. Bustos es partícipe e impulsor de esa discusión. Pero cuando Tania pronuncia esa frase él decide un viaje sobre el cual no tiene ninguna ingenuidad: se trata de marchar hacia el foco y ponerse a las órdenes del comandante. Es importante detenerse en eso que interrumpe y que el pintor no deja de lamentar: había allí una elaboración política que podía torcer el destino de sacrificio. Quizás el Che lo sabía pero, como escribió luego John W. Cooke, creyó que era más relevante hacer de su propia muerte el combustible mítico, dejando al alcance de las luchas posteriores el modelo de guerrillero heroico.

¿Hubo privación de la elaboración política en nombre del mito? ¿Sustitución de la constitución colectiva de esa elaboración por un símbolo potente, capaz de reclutar sus fieles en nombre de la pasión y del martirologio? En el comentario sobre del Barco, Rozitchner plantea que el borramiento de esa discusión –que repone, trágica y sin arrepentimientos a la memoria de Bustos- es injusto con el pasado pero también una privación para el presente, en el sentido de condenarnos a una repetición de los símbolos heredados o a la crítica incomprensiva de ese mundo.

El dilema de la narración es el de la política. Estamos en un bosque poblado por narraciones despolitizadas del pasado, aunque ensordezcan los nombres y símbolos políticos que acarrearán. Despolitizadas por que no logran presentar esa condición viva de la discusión que nos permita comprender las alternativas pretéritas y contemporáneas. Lo que solemos llamar setentismo es la hipérbole de ese bosque de símbolos, la mirada encandilada en su proliferación, la atención desmesurada a sus ropajes, la renuencia a la pregunta por su actualidad, la obliteración de la crítica. Los setenta son parte de nuestra época, porque están presentes como dilema de justicia efectiva sobre los crímenes de la



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. *Escrituras de la Memoria.*

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

dictadura pero también porque han legado narraciones muy potentes, un orden simbólico enorgullecido de su plenitud.

No es necesario decir que ese orden ya no puede ser el nuestro, porque no estamos dispuestos a arriesgar nuestras vidas o ir cantando canciones revolucionarias hacia un cuartel o prepararnos heroicamente para resistir la tortura. No lo estamos porque la revolución que lo justificaría y lo exigiría no está en el horizonte. No lo estamos porque la derrota existió y, en cierto modo, la crueldad de su realización, funciona como motor interno de las posiciones subjetivas. Por todo eso, es necesario que la narración del pasado esté ligada productiva y críticamente a las políticas del presente –con la iluminación mutua de los dilemas de una y otra época- y no a la inversa, convertida en operación de legitimación de las limitaciones de la escena contemporánea.